

»Y en medio de los siete candeleros, alguien que se asemejaba al hijo del hombre, envuelto en luengo ropaje y ceñido el pecho por una cintura de oro.

»La cabeza y el pelo eran blancos como la lana blanca y como la nieve, y sus ojos eran como una llama de fuego.

»Sus pies se parecían al bronce más fino metido en ardiente horno, y su voz era como el ruido de copiosas aguas.

»Tenía en la diestra siete estrellas; una aguda espada de dos filos le salía de la boca, y su rostro resplandecía como el sol cuando está en toda su fuerza.

»Y en cuanto yo le vi, caí á sus pies como muerto.»

Quando Milton arreglaba su parada celeste, no cayó como muerto.

Pero si los hábitos innatos é inveterados de argumentación lógica, unidos á la teología literal del tiempo, le impidieron llegar á la ilusión lírica ó crear almas vivientes, la magnificencia de su imaginación grandiosa, unida á las pasiones puritanas, le proporcionó un personaje heroico, varios himnos sublimes y paisajes que nadie ha superado. Lo más bello que hay en ese paraíso es el infierno; y en esa historia de Dios, el primer papel es el del diablo. El diablo ridiculo de la Edad Media, encantador cornudo, ruin farsante, mono trivial y avieso, director de orquesta en un aquelarre de brujas, se ha trocado en un gigante y un héroe. Como un Cromwell vencido y proscrito, sigue siendo obedecido y admirado por aquellos á quienes precipitó en el abismo. Si continuó siendo señor es porque es digno de serlo; más firme, más intrépido, más político que los demás, de él parten siempre los consejos profundos, los recursos inesperados, las acciones valerosas. El es el que en el cielo ha inventado

las armas fulminantes y ganado la victoria del segundo día; él es quien en el infierno ha levantado sus tropas prosternadas y concebido la perdición del hombre; él es el que, franqueando las puertas guardadas y el caos infinito entre tantos peligros y al través de tantos obstáculos, ha rebelado al hombre contra Dios y ganado para el infierno al pueblo entero de los nuevos vivientes. Aunque derrotado, vence, puesto que ha arrebatado al monarca de las alturas el tercio de sus ángeles y casi todos los hijos de su Adán. Aunque herido, triunfa, puesto que el trueno, que ha estallado en su cabeza, ha dejado invencible su corazón. Aunque más débil en fuerzas, es superior en nobleza, puesto que prefiere la independencia con penalidades al servilismo con fortuna, y abraza su derrota y sus tormentos como una gloria, como una libertad y una ventura. Esas son las altivas y sombrías pasiones políticas de los puritanos constantes y vencidos; Milton los había sentido en las vicisitudes de la guerra, y los emigrantes, refugiados entre las panteras y los salvajes de América, las hallaban vivas y erguidas en lo más profundo de su corazón.

«¿Es esta la región, es este el suelo, es este el clima que debemos cambiar por el cielo? ¿Es esta triste oscuridad la que debemos cambiar por el esplendor celeste? ¡Sea! puesto que el que ahora es soberano puede hacer y ordenar á su albedrío lo que sea justo. Quanto más lejos de él, mejor; la razón le ha hecho nuestro igual; la fuerza es la que nos convierte en vencidos suyos. ¡Adiós, felices campos, donde por siempre mora la alegría! ¡Salve, horrores! ¡Salve, mundo infernal! ¡Y tú, profundo infierno, recibe á tu nuevo poseedor, un alma que no habrán de alterar el lugar ni el tiempo! El alma es para sí su propia mansión, y en sí mis-

ma puede hacer del cielo un infierno y del infierno un cielo. ¿Qué importa dónde estoy, si soy siempre el mismo, y lo que debo ser, todo, menos un igual de aquel á quien el trueno ha hecho más grande? Aquí al menos seremos libres; el Todopoderoso no ha edificado esto para envidiarnoslo; no nos arrojará de aquí. Aquí podemos reinar tranquilos, y, á mis ojos, reinar es digno de ambición, aunque sea en el infierno. «Más vale reinar en el infierno que servir en el cielo.»

Ese heroísmo sombrío, esa dura obstinación, esa punzante ironía, esos brazos orgullosos que estrechan el dolor como una amante, esa concentración del ánimo invicto que, replegado en sí propio, todo lo encuentra en sí, ese poder de pasión y ese imperio sobre la pasión, son rasgos propios del carácter inglés como de la literatura inglesa, y volveremos á verlos más tarde en el Lara y en el Conrado de lord Byron.

En torno de él, como en él, todo es grande. El infierno de Dante no es más que un taller de torturas cuyos departamentos superpuestos descienden por pisos regulares hasta el último pozo. El infierno de Milton es vago é inmenso, «calabozo horrible, llameante como un horno; nada de luz en esas llamas, sino más bien tinieblas visibles que descubrían aspectos de desolación, regiones de duelo, sombras lúgubres», mares de fuego, «continentes helados, negros y salvajes, azotados por eternos torbellinos de granizo que no se funden nunca y cuyos montones parecen las ruinas de un antiguo edificio». Congréganse los ángeles, legiones innumerables, que, á modo de «los robles ó pinos de una selva heridos por el rayo, permanecen en pie, imponentes, aunque desnudos, sobre las breñas abra-

sadas (1)». Milton necesita de lo grandioso y lo infinito; lo prodiga. Sus ojos no se hallan en su centro más que en el espacio sin límites, y no produce más que colosos para poblarle. Tal es Satán entre las olas del mar lívido.

«Tan enorme como el Leviatán, el animal más enorme de cuantos Dios creó entre todos los que nadan en las corrientes del Océano... A veces, cuando dormita en la espuma de Noruega, el piloto de algún pequeño esquife perdido durante la noche, tomándole por una isla, según dicen los marineros, clava el áncora en su escamosa costra, y amarra á su lado al abrigo del viento, mientras la noche se enseñorea del mar y retarda la deseada mañana (2).»

Spenser ha encontrado figuras no menos grandes, pero sin el grave sello trágico que imprime en un protestante la idea del infierno. Ninguna creación poética iguala en horror y grandiosidad al espectáculo que Satán contempla al salir de su calabozo.

«Por fin aparecen los límites del infierno, altos muros que suben hasta la horrible techumbre, y las puertas tres veces triples, cercadas de fuego, y no consumidas, sin embargo. A cada lado de las puertas había sentada una figura formidable. Una parecía una mujer hasta la cintura, y mujer bella; pero terminaba innoblemente en amplios y abultados repliegues escamosos: serpiente armada de mortal aguijón. Alrededor de su cintura ladraba sempiternamente una jauría de perros del infierno, abriendo las inmensas bocazas cerbéreas y moviendo un estrépito horrisono; sin embargo, cuando querían, si algo perturbaba su es-

(1) Lib. I.

(2) Lib. I.

truendo, se metían arrastrándose en el vientre de la figura, su perrera, y desde allí, invisibles, seguían ladrando y aullando.

»La otra forma, si forma puede llamarse lo que no presentaba ninguna forma definida en los miembros, en las articulaciones, ni en el conjunto; ó si puede llamarse sustancia lo que parecía una sombra..., era negra como la noche, feroz como diez furias, terrible como el infierno, y agitaba un dardo formidable. Lo que semejaba su cabeza llevaba la apariencia de una corona real. Ahora se acercaba Satanás, y el monstruo se adelantó hacia él dando horribles zancadas. Tembló el infierno con sus pasos. El enemigo, intrépido, admiró lo que pudiera ser aquello—admiró, no temió (1).»

El espíritu heroico del antiguo combatiente de las guerras civiles anima la batalla infernal, y, si se preguntara por qué crea Milton cosas más grandes que los demás, yo respondería que es porque tiene un corazón más grande.

De ahí la sublimidad de sus paisajes. Si no fuese por temor á la paradoja, podría decirse que eran una escuela de virtud. La fuerza de los objetos que describe pasa á nosotros: nos hacemos grandes por simpatía con su grandeza. Tal es el efecto de su pintura de la Creación. El mandato eficaz y sereno del Mesías deja su huella en el corazón que le escucha, y se siente uno con más vigor y más salud moral á la vista de esa gran obra de la sabiduría y de la voluntad.

«Estaban en pie en el celeste suelo, y desde la orilla contemplaban el vasto é inconmensurable abismo, tumultuoso como el mar, negro, devastado, salvaje,

(1) Lib. II.

agitado hasta el fondo por furiosos vientos y por olas como montañas, que querían asaltar las alturas celestiales, y con el centro confundir los polos.—«¡Silencio, revueltas olas! ¡y tú, abismo, paz!—dijo la palabra creadora.—Cese la discordia vuestra.»

«¡Sea la luz!» dijo Dios; y la luz etérea, la primera de las cosas, quintaesencia pura, surgió al punto del abismo, y desde su Oriente nativo empezó á viajar al través de la oscuridad aérea, encerrada en radiante nube.

«La tierra estaba formada, pero dentro aún de las entrañas de las aguas, como embrión sin concluir, no aparecía. Por todos los lados de la tierra circulaba el anchuroso Océano, no ocioso, sino impregnando todo su globo de cálido humor fecundante; y la gran madre, saturada de humedad germinativa, fermentaba para concebir, cuando dijo Dios: «Juntaos ahora en un solo sitio, aguas existentes bajo el cielo.» En el mismo instante aparecen las enormes montañas, y elevan hasta las nubes sus anchos lomos desnudos; sus cimas suben al cielo. Tanto como se extienden hacia arriba los henchidos montes, prolóngase hacia abajo un dilatado y profundo fondo, amplio lecho de las aguas. Y las aguas se precipitan en él alborozadamente, como gotas que corren aglomerándose en el polvo.»

He ahí primitivos paisajes, mares y montes inmensos y desnudos, como los que traza Rafael en el fondo de sus cuadros bíblicos. Milton abarca los conjuntos y maneja las masas tan fácilmente como su Jehová.

Abandonemos esos espectáculos sobrehumanos ó fantásticos. Una simple puesta del sol los iguala. Milton la puebla de alegorías solemnes y de figuras regias, y lo sublime nace ahora del poeta como ha poco nacía del asunto.

«Bajaba el sol, vistiendo de púrpura y de oro las nubes que forman el cortejo de su trono occidental. Vino la apacible caída de la tarde, y el crepúsculo gris envolvió todas las cosas en su grave librea. Siguió el silencio, porque aves y cuadrúpedos, los unos en sus lechos de césped, las otras en sus nidos, todos se habían retirado, menos el ruiseñor que vela: toda la noche la pasó cantando su amorosa melodía. El silencio se extasiaba. A poco resplandeció el firmamento cuajado de zafiros. Hespero, que guiaba el ejército estrellado, se adelantaba más refulgente, hasta que surgió entre las nubes la majestuosa luna, y, al fin, reina visible, desveló su claridad sin rival y tendió sobre las tinieblas su manto de plata.»

Los cambios de la luz se han trocado aquí en procesión religiosa de seres vagos que llenan el alma de veneración. Así santificado, ora el poeta. En pie junto al nupcial refugio de Adán y Eva, saluda «al amor conyugal, ley misteriosa, verdadera fuente de la raza humana, por cuya virtud huyó de los hombres la disolución adúltera para refugiarse en los rebaños de los brutos: ley que funda en razón leal, justa y pura, los caros parentescos y todos los afectos del padre, del hijo, del hermano». Le justifica con el ejemplo de los santos y de los patriarcas. Inmola ante él el amor comprado y la alegre galantería. Estamos á mil leguas de Shakspeare; y en ese elogio protestante de la familia, del amor legal, «de las dulzuras domésticas», de la piedad reglamentada y del *home*, descubrimos una nueva literatura y otro tiempo.

¡Extraño gran hombre y espectáculo extraño! Ha nacido con el instinto de las cosas nobles; y ese instinto, fortificado en él por la meditación solitaria, por la acumulación del saber, por la rigidez de la lógica, se

ha convertido en un cuerpo de máximas y de creencias que no podrá disolver ninguna tentación ni quebrantar ningún revés. Armado de ese modo, atraviesa la vida como combatiente, como poeta, con acciones valerosas y sueños espléndidos, heroico y rudo, quimérico y apasionado, generoso y sereno, como todo pensador concentrado en sí mismo como todo visionario insensible á la experiencia y prendado de lo bello. Lanzado por el azar de una revolución á la política y á la teología, reclama para todos la libertad que necesita su razón poderosa, y choca con las trabas públicas que encadenan su impulso personal. Por la fuerza de su entusiasmo, es más capaz que nadie de sentir el odio.

Pertrechado de esa suerte, se lanza á la controversia con toda la rudeza y la barbarie del tiempo; pero esa soberbia lógica despliega su razonamiento con maravillosa amplitud y sostiene sus imágenes con una majestad inaudita; esa imaginación exaltada, después de haber derramado en su prosa un raudal de figuras magníficas, le arrastra en un torrente de pasión hasta la oda furiosa ó sublime, especie de canto de arcángel adorador ó vengador. Impulsado antes de la revolución á la poesía pagana y moral, y después de la revolución á la poesía cristiana y moral, en una y otra busca lo sublime é inspira la admiración: porque lo sublime es obra de la razón entusiasta, y la admiración es el entusiasmo de la razón. En una y otra lo alcanza por la acumulación de las magnificencias, por la amplitud sostenida del canto poético, por la grandeza de las alegorías, por la altura de los sentimientos, por la pintura de los objetos infinitos y de las emociones heroicas. En la primera, lírico y filósofo, poseedor de una libertad poética más amplia y crea.

dor de una ilusión poética más fuerte, produce odas y coros casi perfectos. En la segunda, épico y protestante, encadenado por una teología estricta, privado del estilo que hace visible lo sobrenatural, desprovisto de la sensibilidad dramática que crea almas variadas y vivas, acumula frías disertaciones, convierte al hombre y á Dios en máquinas ortodoxas y vulgares, y no torna á encontrar su genio más que al prestar á Satanás su alma republicana, al multiplicar los paisajes grandiosos y las apariciones colosales, al consagrar su poesía á la alabanza de la religión y del deber.

Colocado por el azar entre dos edades, participa de la naturaleza de las dos, como un río que, corriendo entre dos tierras diferentes, se tñe de los colores de ambas. Poeta y protestante, recibe de la edad que concluía el libre soplo poético, y de la edad que empezaba la severa religión y política. Empleó el uno al servicio de la otra, y desplegó la inspiración antigua en asuntos nuevos. En su obra se descubren dos Inglaterra: la una, apasionada por lo bello, entregada á las emociones de la sensibilidad desenfrenada y á las fantasmagorías de la imaginación pura, sin más regla que los sentimientos naturales, sin más religión que las creencias naturales, espontáneamente pagana, frecuentemente inmoral, tal y como la muestran Ben Jonson, Beaumont, Fletcher, Shakspeare, Spenser y toda la soberbia mies de poetas que cubre el suelo durante cincuenta años; la otra, provista de una religión práctica, desprovista de invención metafísica, completamente política, dada al culto de la regla y á las opiniones mesuradas, sensatas, útiles, estrechas, amante de las virtudes de familia, armada y envarada por una rígida moralidad, precipitada en la prosa,

elevada hasta el más alto grado de poder, de riqueza y de libertad. En tal concepto, ese estilo y esas ideas son monumentos de historia: concentran, recuerdan ó adelantan el pasado y el porvenir, y en el círculo de una sola obra se descubren los acontecimientos y los sentimientos de varios siglos y de una nación.

FIN